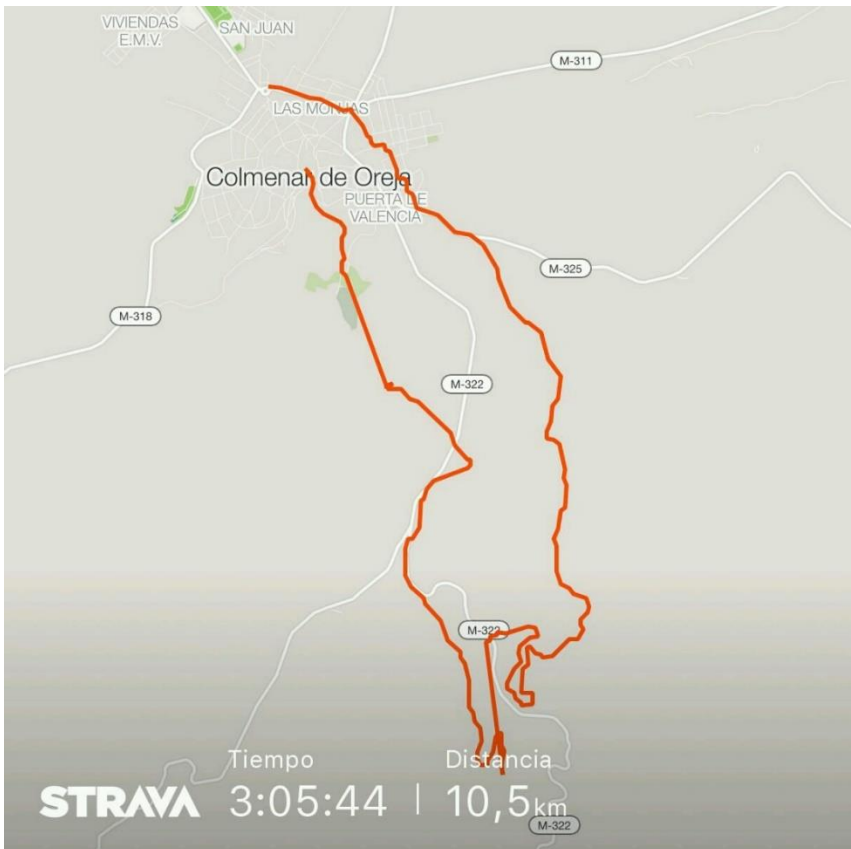


ruta por el esparto

"LOS OFICIOS PERDIDOS"





De izquierda a derecha y de arriba abajo: María Ángeles, Carmen, Rosa Blanco, Luz Benito, Rosa Lazareno, Esther, Félix, Paula, Fabiola, Ricardo, Luis, Rafa, Damián, Mari Mar, Jesús Mari, Esperanza, Curro y Javier.

Fotógrafo: Paco Catalán

Segundo domingo del todavía junio primaveral, con tres caras nuevas: Luz Benito, Félix Cuéllar y Paula Cuéllar, para completar un grupo en número de diecinueve unidades y afrontar la interesante ruta propuesta por nuestro monitor. La fotografía para el recuerdo, corto compás de espera y unas palabras de Rafa, dibujando verbalmente su recorrido.

Salida por calle Malcasado a San Roque, calle Guerro, calle Nueva, calle Princesa de Gales, avenida Teniente General Urrutia y salida a la carretera de Colmenar de Oreja en dirección a Villamanrique de Tajo, para desviarnos por su derecha, transcurridos aproximadamente quinientos metros, por el camino que conduce a la fuente de Valdegredero, en su acompañamiento con el camino de la Senda del Sacristán y dejarlo a nuestra izquierda más adelante, continuando hacia la fuente mencionada. En la bajada que antecede y junto a un ensanche del camino, Rafa frenó al grupo, agrupándolo y estableciendo la conveniencia de no ir adelantados al guía de turno.

Circunstancia obligada, al comentar que la organización de la marcha de la luna llena del pasado sábado, le había llamado la atención sobre lo ocurrido al respecto. Damián y Javier, inculcados en esta amonestación, aceptaban estoicamente el rapapolvo. Espero y deseo, argumentaba un disgustado Rafa, no obtener más recriminaciones en próximas actuaciones. Solventada la reprimenda, señaló un punto en el horizonte, en el que se recortaba la antena de un repetidor junto a una torre de vigilancia. Allí nos dirigimos, apostilló.



Me había quedado calmoso en la zaga del grupo, haciendo de Paco escoba, quedando un poco descolgado por las preguntas sobre las plantas silvestres que Luz Benito, Fabiola y María Ángeles Marqueta me inquirían. Mis respuestas y paradas con las explicaciones, in situ, hacían demorar la marcha de tal manera que perdimos de vista al grupo que nos precedía, llegando a equivocarnos en una desviación cercana de caminos y teniendo que regresar por el ramal correcto. Francisco Terrés, propietario del olivar colindante al camino, había llegado un poco antes y nos señalaba el trazo a seguir. Las voces cercanas indicaban la posición, esperado nuestro enganche.

Conseguido el agrupamiento, estuvimos callejeando el pinar, ora hacia adelante, ora hacia detrás, atrochando otras veces y por fin, cruzamos por debajo de la carretera de Villarrubia de Santiago, por un puente alcantarilla, escogiendo un carril cortafuegos con dirección al destino señalado. Parón, como de costumbre para reponer líquido y sólido, con fotografías chuscas de Damián, enfundado en un minúsculo babero que Luis le había regalado, con ocasión de la puesta de largo de su hija y su participación estelar en un concierto de rock. Antes de retomar el pulso a la marcha, Rafa descubrió la ruta del domingo próximo. Se iría a Valdelaguna, para hacer un recorrido por la finca de La Encinilla, dejando la manija a cargo de los más veteranos, los más viejos, los más mayores o bueno...a vosotros, dirigiéndose a Jesús Mari y a mí que junto con Jesús Figueroa y Damián la habíamos esbozado el mes pasado.



Sin más aplazamiento, emprendimos camino al paraje donde Rafa se debía encontrar con el personaje del día. De nuevo quedé cortado del grupo, pero esta vez con Damián y Paco Catalán como consecuencia de sacar unas exposiciones a cuatro plantas que sobresalían por su belleza de las restantes, ya en fase decadente.



Gargallo *Inula montana*



Garbancillo de monte *Astragalus monspessullanus*



Escabiosa menor *Scabiosa stellata*



Cardo arzolla (*Carduncellus monspelliensium*)

Apretamos el paso para reintegrarnos al grueso del grupo y acabamos encumbrando la elevación de una cantera abandonada. No veíamos a la expedición, hasta que un murmullo de voces a nuestra izquierda nos alertó, dejándose entrever por la terminación de la “Cuesta Colorá” hacia la carretera de Villarrubia y determinados, enlazamos con ellos. Encauzamos por la margen izquierda de la carretera, desviándonos por su derecha, para rodear la finca de los Hernández y enseguida hicimos lo mismo con la del Honorio, para volver a cruzar la carretera y tomar la senda de la Vereda del Cristo.

El esparto es una planta perenne, llamada comúnmente atocha que llega a alcanzar o sobrepasar el metro de altura, de hojas lineales y envainadas, cuyo nombre científico responde a *Stipa tenacissima*. La floración suele ocurrir entre los meses de abril y mayo, realizándose su recolección a partir de junio. Etimológicamente, *Stipa*, deriva del griego *stupe*, traducándose como estopa o *stuppeion* (fibra) y *tenacissima* del latín, con el significado de muy tenaz, muy consistente, por la dureza de su fibra.



Rafa había emplazado en el paraje de las Cruces a un antiguo espartero de nombre Hipólito Benavente Hita, de 96 años de edad y conocido en la localidad, cariñosamente por “Poli”. A la hora convenida se presentó con su hija y una nieta, para comentar el proceso de elaboración del esparto desde su recolección, hasta su venta. Sentado en una silla campera de tijera, junto a una atocha de esparto, su figura rebosaba ternura, contento y satisfacción, deseando explicar, lo mejor que pudiera, lo mucho que había trabajado en sus años de espartería. De repente espetó:

- Bueno ¿empiezo ya?

Rosa Lazareno, reportera espontánea del momento, se hizo cargo de la situación, preguntándole por los velados secretos de este oficio, olvidado y desabrigado por generaciones emergentes.

El último espartero, como se hacía llamar, había traído un artilugio consistente en un palo cilíndrico, de unos veinte centímetros de longitud por uno de grosor, con una cuerda atada a uno de sus extremos. La herramienta en cuestión, se llamaba “collaza” y atándola, a su medida, con un par de vueltas al antebrazo, comenzó su disertación:

-Para arrancar el esparto, decía, había que sujetar el “collazo” con la mano izquierda, mientras que con la mano derecha se abarcaba un puñado de hojas lineares enrollándolas al palo, al tiempo que se proporcionaba un tirón fuerte para desprenderlas de la mata sin menoscabarla, momento en que algunos de los asistentes, con Javier a la cabeza, lo ayudaron en el brusco arrancado de las hojas, pues las fuerzas del experimentado espartero habían mermado con el paso de los años. No obstante, el hombre todavía tenía arrestos para repetir el proceso, hasta componer un tupido manojo llamado “manada”, de unos cinco centímetros de espesor que de su mano pasaban a sujetarse entre la cuerda y el antebrazo.

-Después, continuaba con su relato, se dejaba en el suelo y cuando se habían formado una docena de “manadas” se juntaban para formar un haz o gavilla. El hacinamiento de cinco gavillas, se consideraba una “carga que más tarde transportaría la cabalgadura oportuna.

Estas cargas se dejaban secar en el campo o en las casas, volteándolas de vez en cuando, para luego sumergirlas en agua, en las charcas, en estanques o en el río, durante prácticamente un mes, con el fin de provocar el “cocío”, consistente en ablandar la fibra. Luego, se volvían a secar. Para acelerar el proceso, a veces se acudía a los hornos de las panaderías. El siguiente paso radicaba en el llamado “picao”, consistente en aplastar las gavillas a golpe de mazo, para que se desprendiera la parte leñosa de la fibra. Más tarde se realizaba el “rastrillao”, proceso de peinar las fibras con rastrillos de acero, para desnudar su parte leñosa. Finalmente, se terminaba con el “hilao”, establecido en una rueca de madera que hacían girar unas garruchas, donde se enganchaban las fibras de esparto. Así se iban engrosando y retorciendo las fibras formando los niñuelos, hilos de cordelería a la medida que se requería. Con ellos se elaboraban aperos para caballerías (serones, albardas, cinchas, etc.) y utensilios caseros (espuertas, capachos, damajuanas y tantos otros). Como podemos imaginar, el proceso era tan lento como trabajoso. Una cerrada ovación de aplausos dejó a “Poli” emocionado, evocando aquellos momentos de su lejano pasado.

Poco más tarde, Rafa hizo una requisa para los que quisieran participar de hecho en la Ruta de la Tapa. El grupo dio su beneplácito dirigiéndose contento y despachado, recordando los lances del oficio, hacia la bajada del Hondillo para presentarse rápidamente en el Cristo y posteriormente aparecer en la Plaza Mayor, abordando con voraz apetito la ruta tapera. consistir









“Envejecer, es como escalar una gran montaña; mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada se vuelve más libre, más amplia y más serena.”

Colmenar de Oreja a 10 de junio de 2018
Francisco J. Buendía Zurita” Curro”